

**GASTEIZKO APAIZTEGIA ETA
EUSKARA GERRA AURRETIK /
EL SEMINARIO DE VITORIA Y EL EUSKERA
ANTES DE LA GUERRA CIVIL**

Vitoria /Gasteiz, 26-XI-04

*Andrés Ibañez,
Gasteizko Teologia Fakultateko
irakasle emeritua*

1. Mateo Múgica Urrestarazu (1870-1968)

Es posible que en la historia de la diócesis de Vitoria no haya existido un obispo con una vida tan dramática como la del Mons. Mateo Múgica, nacido el 21 de septiembre de 1870 en Idiazabal (Guipúzcoa) y fallecido a los 98 años en Zarauz. Nos referimos a un personaje cuya centenaria existencia se vio ensombrecida no sólo por la ceguera provocada por el glaucoma en los últimos años sino por las cuatro guerras y dos destierros de signo diferente que tuvo que soportar. La vida deparó un cruel destino a este eclesiástico íntegro e integrista, amante del País Vasco y de su lengua, pero también de España y de la monarquía alfonsina. Dotado de una recia personalidad, sus actitudes fueron muy controvertidas en el campo humano, religioso y político. Mientras unos diocesanos alababan su talla intelectual, la firmeza y la reciedumbre moral, la fidelidad a la Iglesia y su dignidad mostrada en los dos exilios, otros, en cambio, criticaban su integrista eclesial, el sentido excesivamente estricto de la obediencia eclesiástica, su adhesión a la monarquía y, a menudo, a la cruzada de Franco. En cualquier caso, nadie podrá negar la labor pastoral desarrollada en sus tres diócesis: Burgo de Osma (1918-1924), Pamplona (1924-1928) y Vitoria (1928-1937). Durante estos años veló por el cumplimiento de las leyes eclesiásticas (*Observantia legum ecclesiasticarum*) procurando conservar la pureza del vestido femenino y el desfile de modas.

* * *

M. Múgica hizo sus estudios primarios en Beasain, pasando más tarde a la Universidad de Oñate donde estudió latín, retórica y filosofía; finalmente, se doctoró en teología en la Universidad de Salamanca. Tras ser ordenado sacerdote por el Obispo de Vitoria, Mons. Fernández Piérola, se estrenó como

coadjutor en la parroquia de Usurbil (Guipúzcoa). Pero pronto volvió al Seminario Conciliar de Vitoria donde enseñó latín, retórica y filosofía y, más tarde, Sagrada Escritura. En octubre de 1903 obtuvo el cargo de canónigo lectoral del Cabildo Catedralicio de la capital alavesa y el 19 de mayo de 1918 fue consagrado obispo en la Catedral de Sta. María. Durante estos años destacó en la enseñanza, y por su afición al euskera, a la oratoria y a la música. En 1906 dirigió la *Schola Cantorum* del Seminario, compuesta de unas 100 voces, en la Basílica de San Pedro en Roma con ocasión de la beatificación de Valentín de Berrio-Ochoa. Es justo también tener en cuenta sus pastorales y sermones en euskera y la traducción vasca del cap. XVII de *El Quijote de la Mancha*.

Tras una década de ausencia como obispo por tierras castellanas y navarras, vuelve a su diócesis vitoriana haciendo la entrada solemne el 24 de junio de 1928. Fue recibido con claras muestras de afecto y alegría en las tres capitales vascas donde los diocesanos veían finalmente a un obispo nacido en Euskal Herria y, además, vascohablante. En su primera Carta Pastoral, Mons. Múgica muestra su gratitud por «los triunfales y cariñosísimos recibimientos» (BOOV, 15-IX-1928:428). Se entrega a una intensa actividad pastoral: visitas a las parroquias; Acción Católica; peregrinaciones (Roma, Lourdes y Tierra Santa en cinco ocasiones); el cargo de presidente de la Unión Misional del Clero; el cuarto Congreso de Música Sacra; congresos marianos y eucarísticos (Colonia, Malta, Madrid), mostrando su acendrado nacionalismo español.

Pero su obra cumbre, el hito histórico más importante de su paso por Vitoria fue, sin duda alguna, la construcción (llevada a cabo por el arquitecto y sacerdote vizcaino D. Pedro de Asua (1890-1936) e inauguración del Seminario Mayor (1930) iniciado por su predecesor Fray Zacarías Martínez en 1926. El día 28 de septiembre de 1930 fue inaugurado solemnemente con la asistencia del Rey Alfonso XIII; el Delegado del Papa Pío XI, Cardenal Ruffini; el Nuncio Apostólico de su Santidad, Mons. Tedeschini; numerosos arzobispos y obispos. Mons. Múgica bendice el gran órgano de la iglesia pública arrancando a sus teclados las primeras notas «sentado delante del órgano, con todo el religioso boato de su mitra y capa pluvial, interpreta la Marcha Real Española –como homenaje a Cristo Rey– y la Marcha de San Ignacio –como himno secular de nuestro pueblo» (BOOV, 6-X-1930:728). A pesar de ello, D. José Calvo Sotelo (1893-1936), en nombre de la derecha española, tildará al Seminario de Vitoria de *batzoki* y *nido de separatistas*. Por ello, en una ocasión, Mons. Múgica se verá obligado a interrogar bajo juramento solemne al Rector D. Eduardo Eskarzaga si en el Seminario se hacía «política nacionalista o cualquiera otra política de partido».

* * *

En medio de un ambiente polémico muy tenso, el 14 de abril de 1931 se proclama la II República en España. Mons. Múgica había pensado siempre

que «la República había sido y sería manantial inagotable de toda clase de maldades». Por ello, por su acendrado monarquismo y por los ataques a la República fue desterrado por orden del Ministerio de Gobernación. El 17 de mayo sale de Irún y se establece en La Puye (cerca de Poitiers) en un monasterio de las Hijas de la Cruz (31-VIII-1931) hasta que regresa a España el 13 de mayo de 1932, pero no a Vitoria sino a Bujedo (Burgos) de donde pasa definitivamente a su diócesis vasca el 11 de abril de 1933 (BOOV, 1-V-1933:252).

El 18 de julio de 1936 estalla la guerra civil y el Cardenal I. Goma prepara un documento en el que se formula a los católicos de forma categórica la prohibición *Non licet* de adherirse a la República, fraccionando así las fuerzas ante «la hidra marxista de siete cabezas». El Cardenal de Toledo presiona a los dos obispos vascos, Mons. M. Múgica y al vizcaíno Mons. Olaechea (Pamplona) y éstos suscriben y publican la «instrucción pastoral» ante el estupor de los republicanos y el rechazo total de los nacionalistas vascos. Sin embargo, más tarde ante las elecciones que se anuncian, el Vicario General de Vitoria, D. Jaime Verástegui, publica una nota (con la aprobación de su obispo) en la que se afirma que «es indiferente desde el punto de vista católico votar a cualquiera de las candidaturas católicas que luchan en la diócesis». Esto desagradó sobremanera a los militares (Franco, Mola, Cabanellas, Millán Astray, Beorlegui, Camilo Alonso Vega, etc.), eclesiásticos (Cardenal I. Goma) y civiles (José Luis Oriol). Era obvio que Mons. Múgica estorbaba en sus planes de reforma en el clero por lo que se especuló incluso con la posibilidad de asesinarlo. Rechazada tal hipótesis por la posible resonancia internacional negativa para la cruzada, se optó por la solución del destierro.

* * *

A Mons. Múgica no le garantizaron su permanencia como Obispo de Vitoria ni sus explícitas muestras de apoyo a la cruzada durante los primeros meses del alzamiento, ni la pastoral conjunta *Non licet*, ni las bendiciones impartidas a los requetés que iban al frente de batalla, ni la entronización de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en la sede de la Falange, ni la cesión del Seminario como hospital de guerra, ni las sumas de dinero recogidas en las colectas de las parroquias en favor del «triunfo del ejército salvador». El plan urdido entre la diplomacia vaticana (Cardenal Secretario de Estado, Eugenio Pacelli), con la connivencia del Cardenal I. Goma, y la Junta Militar de Burgos convenció finalmente a Mons. Múgica a pesar de su rechazo inicial. El 14 de octubre de 1936, después de aceptar la destitución impuesta de su vicario general y tras nombrar como sustituto suyo al canónigo donostiarra D. Antonio Pérez Ormazabal, Mons. Múgica emprendió una salida que no encontraría el camino de regreso hasta once años más tarde, en 1947, pero ni aún entonces, como obispo residencial. Se habló oficialmente de una renuncia «voluntaria» pero en realidad fue un arreglo amañado mediante su viaje

pastoral a Roma para asistir al II Congreso Internacional de la Unión Misionarial del Clero (11, 12 y 13 de noviembre de 1936) de la que era presidente en España. Los aplausos que resonaron el día 13 al presentarse D. Mateo ante el público contrastan con las humillaciones que tuvo que sufrir durante su estancia de ocho meses en Roma. El 14 de febrero D. Antonio Pildain, canónigo magistral y profesor del Seminario de Vitoria, además de diputado en las Cortes en Madrid, era consagrado Obispo de Canarias en Roma. La Junta Militar de Burgos contando con la diplomacia vaticana vetó la presencia de D. Mateo en esta ceremonia religiosa, a pesar de la disconformidad del nuevo obispo y de la tristeza de Mons. Múgica.

* * *

Los acontecimientos históricos se suceden de forma cruel para el Obispo de Vitoria. En junio de 1937 recibe una carta del Cardenal I. Goma en la que le anuncia la redacción de una «Carta del Episcopado Español» a petición del Jefe del Estado. El 28 de junio de 1937, como respuesta escrita en Frascati (Italia), D. Mateo muestra al Cardenal el estado anímico en que vive:

«llevo más de ocho meses alejado de mi diócesis! [...] podría suscribir el documento cuando yo estuviese en mi puesto física y personalmente [...] deseo y pido al Señor el triunfo del generalísimo Franco sobre todos los rojos».

Dos ausencias muy significativas resaltarán en la lista de prelados firmantes de este documento: la del Cardenal tarraconense Mons. Francisco Vidal i Barraquer y la del aún Obispo de Vitoria que se niegan a firmarlo. Más aún, Mons. Múgica en un escrito dirigido a la Santa Sede explica claramente las razones de su negativa. En contra de lo que afirman los obispos españoles él muestra su desacuerdo diciendo que la Iglesia en la España de Franco no es libre. Denuncia también el asesinato de

«nutridísimas listas de cristianos fervorosos y de sacerdotes ejemplares»,

a la vez que protesta por presentar en el documento

«a la ciudad de Bilbao como un pueblo blasfemo».

Con el ánimo de acallar definitivamente la voz del Obispo de Vitoria, la Junta Militar de Burgos, contando con la venia del Cardenal I. Goma y el consentimiento del Vaticano, nombra Administrador Apostólico de Vitoria al vizcaíno Mons. F. Javier Laucirica que el 4 de septiembre de 1937 toma posesión de la diócesis vasca, sin mencionar siquiera el nombre de su predecesor en la homilía de su presentación en la Catedral (BOOV, 1-X-1937:353-356). Durante casi un año (octubre 1936 - septiembre 1937) D. Mateo conservó siempre la esperanza de volver a su amada diócesis. Pero esta ilusión se desvaneció con el nombramiento de su sucesor de quien Franco comentaba que

«es un hombre que hablará de Dios hablando de España».

En vista de que su presencia en Roma no tenía ya ningún sentido, se marchó

«haciendo el mayor sacrificio de mi vida»,

y buscó acomodo en Bélgica durante varios años. En una carta escrita al Cardenal I. Goma el 22 de febrero de 1939 en Gooveind se defiende

«con la libertad de quien nada tiene que perder»,

y defiende también

«a los nacionalistas vascos por tratar de conservar su lengua, tradiciones [...]»,

en contra de las falsas acusaciones del Primado de Toledo.

* * *

En 1940 las tropas nazis invaden Holanda, Bélgica y Francia y D. Mateo pasa a Pays Basque Nord/Iparralde residiendo en Ustaritz y Cambó. En una ocasión es detenido y conducido a la Citadelle de Donibane Garazi donde fue humillado y vejado por las fuerzas alemanas durante varios días. En el mes de abril de 1945,

«restablecido del glaucoma que me amenazó dejarme totalmente ciego»

escribe una dolorosa, sincera y profunda reflexión, a petición de D. José Miguel Barandiarán en la casa *Bidartea* (Sara) de éste. Es, sin duda alguna, uno de sus escritos más valientes y claros, una noble confesión hecha a

«su compañero de tribulaciones» a la vez que «dignísimo e inteligentísimo profesor».

El documento se titula «Imperativos de mi conciencia» (1945) y está escrito, una vez liberado de las trabas que le

«obligaron a guardar silencio desde fines de 1936 [...]; un ruego, que yo no podía desatender, me fue transmitido para que callara ‘por el momento’».

Pero ocho años más tarde puede decir en público lo que confesó antes al gran Papa (Achilles Ratti) Pío XI (1857-1939).

Ya en octubre de 1936 Mons. Múgica elevó a la Santa Sede la primera protesta contra los abusos del bando insurgente. En ella defendía a sus diocesanos

«injustamente perseguidos, vejados, castigados, espoliados por los representantes y propagandistas del ‘Movimiento Nacional’».

Finalmente, en 1947 puede regresar a Euskal Herria y residir en la Villa *Montemar* de Zarauz hasta el 27 de octubre de 1968, prácticamente ciego durante los últimos años. Murió rodeado del cariño de sus familiares, amigos, y

también del respeto y comprensión de muchos de sus antiguos diocesanos. Sus restos descansan en el altar mayor de la Catedral de Santa María de Vitoria, cuyo obispo Mons. Peralta, con ocasión del sermón de la misa funeral de D. Mateo Múgica y Urrestarazu, resumió la dramática vida de éste con las siguientes palabras:

«Contradicciones, abandonos, desprecios, calumnias, ingratitudes, enfermedades, la prolongada ceguera [...]» (BOOV, 31-X-1968:311).

Goian bego!

* * *

2. José Miguel Barandiaran (1889-1991)

José Miguel Barandiaran Ayerbe nació a las 6 horas de la mañana del 31 de diciembre de 1889 en el caserío *Perune-zarra*, en el barrio *Murkondo* de San Gregorio de Ataun (Guipúzcoa). Fue el benjamín de una familia numerosa de nueve hijos (cinco chicos y cuatro chicas, de las que tres fueron monjas) del matrimonio formado por Francisco Antonio Barandiaran y María Antonia Ayerbe. Cursó la primera enseñanza en Ataun, siendo un estudiante mediocre debido al inhumano sistema pedagógico empleado por el maestro que usaba todos los textos en castellano para niños que lo desconocían completamente. Si la escuela era detestada por el niño Joxemiel, el hogar familiar, en cambio, se convirtió en el mejor centro de aprendizaje en el que el futuro patriarca de la cultura vasca iba almacenando en su interior leyendas, dichos, mitos, creencias, vidas de santos como la de *Sta. Genoveva de Bravante*, contados por su madre junto al fogón de la cocina.

Con 14 años ingresa (con Manuel Lekuona) en noviembre de 1904 en la Preceptoría de Baliarrain (Guipúzcoa) donde cursa los estudios de latín y humanidades, aprobando los dos primeros años de latín en un solo examen. Al año siguiente fallece su madre a la edad de 56 años, quedando marcado de por vida el corazón de aquel niño. En 1906 pasa al Seminario Conciliar de Vitoria donde supera con brillantes calificaciones los tres cursos de Filosofía y cinco de Teología. Joxemiel destaca por su afición a las ciencias y, en especial, a la física, sin descartar el terreno de las lenguas (francés, inglés y alemán). Es nombrado profesor de Física antes de finalizar la carrera sacerdotal. Al acabar los cursos de Filosofía obtiene, además, el título de Maestro en la Escuela Normal de Vitoria.

Durante los años de teólogo no se conforma con lo que dicen los textos de clase y cuestiona algunas verdades defendidas hasta entonces como axiomas, formulándose preguntas sobre el origen del mundo y el sentido de la vida humana. Intenta asociar la ciencia con su fe religiosa, mientras apare-

cen las primeras sombras en el firmamento de su fe. En una época en la que la enseñanza oficial sobre el origen del mundo discurría por los senderos del creacionismo antievolucionista, el joven seminarista opta por las cronologías científicas, más cercanas a las teorías de C. Darwin (1809-1882) en su libro *El Origen de las Especies* (1859). Acuciado por esos interrogantes, comienza a hurgar en el pasado remoto del pueblo vasco como campo de sus investigaciones científicas. El interés por los estudios etnográficos, prehistóricos, arqueológicos y por la Historia de las Religiones marcará en adelante su larga vida de intensa actividad (1916-1990). Tras acabar el cuarto de teología (1913), emprende un viaje a Leipzig en cuya universidad se matricula en un curso de Sociología de los Pueblos, impartido por el profesor de filosofía Wilhelm Wundt (1832-1920). Este encuentro marcará en adelante su quehacer científico, que se basará en datos, en la constatación y en el esmero por la exactitud, convirtiéndose en fotógrafo de la realidad y no en teorizador de ella.

El 19 de diciembre de 1914 recibe la ordenación sacerdotal en Vitoria de manos de su obispo, Mons. Melo y Alcalde, y celebra su primera Misa en Ataun. Poco después es enviado a ampliar los estudios de Teología a la Universidad Eclesiástica de Burgos donde obtiene la licenciatura. En 1916 es nombrado profesor de Matemáticas del Seminario Conciliar de Vitoria. Comienza entonces a publicar los resultados de sus primeras investigaciones en la revista *Euskalerraren Alde* (1916), escribiendo su primer artículo «Ataun en la Edad Media. El antiguo Castillo». El 15 de agosto de 1917 es importante porque conoce en Ataun al vergarés Telesforo Aranzadi Unamuno (1860-1945), catedrático de la Universidad de Barcelona, y al vitoriano Enrique Eguren (1888-1944), catedrático y Rector de la Universidad de Oviedo, formando así el grupo conocido como «los tres tristes trogloditas». Comenzarán las primeras excavaciones conjuntas en Aralar, prologando sus tareas durante veinte años (1917-1936), hasta la última campaña en la cueva *Urtiaga* de Itziar (Deva). En 1918 inician la exploración de las cuevas de Satimamiñe (Kortezubi, Bizkaia), y J. M. Barandiaran participa además en el Congreso de Estudios Vascos de Oñate, en el que se funda *Eusko Ikaskuntza* (Sociedad de Estudios Vascos), del que será nombrado socio-fundador en 1919.

En 1920 es designado Vicerrector del Seminario Conciliar de Vitoria, y al año siguiente funda la «Sociedad de Eusko Folklore» y la revista *Anuario de la Sociedad de Eusko Folklore*, que, con algunas interrupciones, perdurará hasta 1975. En 1925 esta sociedad cae en desgracia porque el Rector del Seminario le retira su confianza al tildar de ‘mamarrachadas’ sus «Anuarios». Aun así, J. M. Barandiaran es nombrado Rector del Seminario Menor de «Aguirre», simultaneando este cargo con las ocupaciones de Vicerrector del Seminario Conciliar. El joven Rector promueve cambios profundos en el sistema educativo, especialmente en el campo científico. Al año siguiente publica la revista *Gymnasium* buscando la iniciación científico-literaria de los seminaristas de la diócesis. En 1927 y 1929 ingresa como miembro corres-

pondiente en la Real Academia Española y en Euskaltzaindia, respectivamente.

La década siguiente será muy importante, y a la vez dramática, en la vida de J. M. Barandiaran. El 28 de septiembre de 1930, con asistencia del Obispo Mateo Múgica y del rey Alfonso XIII, se inaugura el nuevo Seminario Conciliar de Vitoria, y el 14 de abril de 1931 se proclama la II República, que terminará con el inicio de la Guerra Civil el 18 de julio de 1936. El estallido bélico sorprende a J. M. Barandiaran —en compañía de T. Aranzadi— en plena dedicación arqueológica en la cueva de *Urtiaga* (Itziar); por ello, el 20 de septiembre se ve obligado a huir por mar a San Juan de Luz, embarcando en el puerto de Motrico. Se hospeda temporalmente en Anglet, en el convento de una de sus hermanas, y en la abadía benedictina de Belloc (Urt, Laburdi). Durante un año se aloja en el Seminario de Bayona y pasa tres años en Biarritz hasta 1940, año en el que se muda definitivamente a Sara (1940-1953). En esta fecha las tropas de Hitler invaden Francia y llegan a Iparalde. J. M. Barandiaran es obligado a confinarse y es trasladado al norte de Francia a un lugar cercano a Alençon (Normandía), pero, tras una breve estancia, puede volver a Sara, donde las autoridades alemanas le permitirán proseguir investigando.

En el año 1945 Mons. Mateo Múgica, anciano y exiliado, escribe desde su residencia de Cambó (Laburdi), a petición del profesor de Ataun, el documento «Imperativos de mi conciencia. Carta abierta al presbítero D. Miguel Barandiaran». Se trata de una profunda reflexión sobre su actuación pastoral durante la Guerra Civil y es, además, la noble confesión que redime a un hombre desterrado en dos ocasiones. Al año siguiente J. M. Barandiaran crea en su domicilio «Bidartea» de Sara el «Institut Basque de Recherches» (1946-1951) y publica, como boletín, la revista *Ikuska*. En 1947 funda en Bayona la «Société Internationale des Basque» con la colaboración de P. Lafitte, M. Intxausti, T. Monzón, M. de la Sota, J. Bilbao, M. Legasse, etc., publicando la revista *Eusko-Jakintza*. Además, viaja por Europa (Bruselas, Londres y París), asistiendo a congresos internacionales y dando conferencias. Es una ocasión propicia para dar cauce a la sabiduría almacenada en tantas investigaciones y describir la larga lista de dólmenes, estelas funerarias y crónlechs hallados en *Jentilbaratza* (Ataun), *Aralar*, *Aizkorri*, *Borunda* (Ataun), *Altzania*, *Entzia*, *Elosua* (Placencia), *Urbasa*, *Belabieta* (Elduayen), *Santimamiñe*, *Lumentxa* (Lekeitio), *Bolin-koba* (Abadiano), *Silibranka* (Mañaria), *Urtiaga* (Itziar) eta (Deva), etc.

El 20 de octubre de 1953, después de 17 años en el exilio, J. M. Barandiaran regresa a su pueblo natal. Es invitado por el Rector de la Universidad de Salamanca, Antonio Tovar (a instancias del Ministro de Educación, J. Ruiz Jiménez), a impartir un ciclo de 12 conferencias en la nueva cátedra «Manuel Larramendi» de lengua vasca. En 1954 planifica la investigación en el País Vasco peninsular y reemprende sus actividades de antaño: *Urtiaga* (1955), *Lezetxiki* (1956-1957), *Atxea* (Forua, 1959), *Aitzbitarte* (Rentería, 1960), *Axlor* (Dima, 1960), *Altzerri* (Orio, 1962), *Marizulo* (Urnieta, 1963), etc. En 1964

la Universidad de Navarra le ofrece la cátedra de Etnología Vasca, impartiendo temas sobre cultura vasca hasta el curso 1979-1980.

Con tantos méritos adquiridos no podían faltar los homenajes, los reconocimientos oficiales ni los honores. En 1962 «La Academia Errante» (J. Oteiza, J. Caro Baroja, L. M. Santos, etc.) le dedica en Ataun un homenaje. Al año siguiente es nombrado académico de número de Euskaltzaindia, y en 1973, miembro honorario del Instituto Americano de Estudios Vascos. Las medallas de oro se multiplican también al final de su itinerario cultural: «Ayuntamiento de Gasteiz» (1979), «Gobierno de Navarra» (1989), «Bellas Artes de Madrid» (1989), «Ayuntamiento de Donostia» y «Diputación Foral de Álava». Es también investido «Doctor Honoris Causa» por la Universidad el País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (1978), la Facultad de Teología de Vitoria (1980), la Universidad de Deusto (1986) y la Universidad Complutense de Madrid (1987). Al cumplir los 100 años recibe la Medalla de Honor de Euskaltzaindia y es nombrado «Hijo Predilecto de Bizkaia» por la Diputación Foral de Bizkaia, como lo fue, asimismo, en 1982 por la Diputación Foral de Guipúzcoa. En 1990 la Fundación Sabino Arana le otorga el Premio Anual, y al siguiente es distinguido con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III.

El 31 de julio de 1991 recibe en su hogar «Sara-Etxea» a los Reyes de España, D. Juan Carlos y Dña. Sofía, y en agosto es ingresado por primera vez en el hospital de Ntra. Sra. de Aranzazu de Donostia. El 17 de diciembre se presagia ya su inminente muerte y en la madrugada del día 21 fallece acompañado de su fiel sobrina Pilar. Al día siguiente Mons. J. M. Setién celebró la Misa funeral en la Parroquia de San Gregorio y los restos del pequeño gran cura fueron inhumados en el cementerio local.

J. M. Barandiaran fue un vasco universal y un sacerdote sencillo de vida ejemplar, que supo conversar con los sabios del mundo, pero también con los niños, los ancianos y los aldeanos. Incansable y metódico en su trabajo, frugal en la comida y abstemio en la bebida, entrañable y afable con todos. Un vasco que defendió su lengua materna porque la consideró como el único testimonio viviente de la prehistoria europea.